



5ºMisterio glorioso: la coronación de la Santísima Virgen

Fruto del Misterio: una gran confianza en su protección

El Rosario es la historia de nuestra redención. Cabría esperar que el decimoquinto y último misterio fuera en honor a Cristo redentor. Sin embargo, es a la Santísima Virgen a quien Dios corona en esta última etapa del Rosario, lo que significa lo importante y esencial que es la participación de María en la obra de la Redención.

San Atanasio explica el motivo de esta coronación: *«Si el Hijo es Rey, la Madre tiene derecho a ser considerada Reina y a llevar ese nombre».* » Y San Bernardino de Siena añade: *«Sí, cuando María consintió en ser la Madre del Verbo eterno, en ese mismo instante y por ese consentimiento, mereció y obtuvo el principado de la tierra, el dominio del mundo, el cetro y la calidad de Reina de todas las criaturas».* Contemplemos en esta meditación los diferentes aspectos de esta realeza de María.

Reina de la Misericordia. Uno de los cantos más hermosos compuestos para la Santísima Virgen, escrito en 1096, en Le Puy-en-Velay, comienza así: *«Salve Regina, mater misericordiae»* (*Salve, Reina, Madre de misericordia*) y, desde hace mil años, toda la cristiandad le canta este homenaje. Ella misma reveló su realeza a Santa Brígida repitiendo las palabras del Salve Regina:



«Soy la Reina del cielo y la Madre de la misericordia; soy la alegría de los justos y la puerta por la que los pecadores tienen acceso a Dios. No hay pecador tan maldito como para ser privado de los efectos de mi misericordia mientras viva en la tierra». » Y San Alfonso de Ligorio explica el inmenso amor misericordioso de esta Reina: *«María es nuestra Reina; pero sepámos, para nuestro consuelo común, que es una Reina llena de dulzura y clemencia, dispuesta a derramar sus beneficios sobre nuestra miseria».*

Continúa explicando cuán maravillosa es su ayuda para con nosotros: *«Si queremos asegurar nuestra salvación, acudamos a menudo, acudamos sin cesar a refugiarnos a los pies de esta dulce Reina y, si la visión de nuestros pecados nos aterroriza y nos desalienta, recordemos que María ha sido establecida Reina de la misericordia para salvar, con su protección, a los pecadores más culpables y desesperados, siempre que se encomienden a ella».*

¿De dónde proviene esta ayuda excepcional y única de María? La respuesta es sencilla. Es la voluntad de Dios hacer de su Madre la mediadora de todas las gracias. Entendamos bien. Toda gracia viene de Dios, no de María. Pero el Rey del Cielo ha confiado sus gracias a la Reina del Cielo para que Ella las dispense a los hombres. *«... no se da ningún don celestial a los hombres que no pase por sus manos virginales»* (San Luis María Grignion de Montfort).

Esta doctrina de *«María Mediadora de todas las gracias»* es muy antigua y ha sido afirmada desde el siglo IV por múltiples santos, doctores de la Iglesia y papas. *«... por voluntad de Dios, María es la intermediaria por la que se nos distribuye este inmenso tesoro de gracias acumulado por Dios»* (León XIII, Octobri mense 1891). La Santísima Virgen misma vino a confirmar este título durante las **apariciones reconocidas de la rue du Bac**. En la **Medalla Milagrosa**, los rayos de luz que brotan de sus manos representan las gracias de Cristo que pasan a través de ella. *«Estos rayos son el símbolo de las gracias que derramo sobre las personas que me las piden»* (Nuestra Señora, 27 de noviembre de 1830). Sí, todas las gracias pasan a través de esta Reina de la Misericordia.

Reina del Cielo. María está colocada en la cima de la creación, por encima de los Ángeles y de todos los Santos. Ella, la humildad misma, es ahora, después de la Santísima Trinidad, la persona más importante del Cielo. **Es la criatura más cercana a Dios** y reina junto a su Hijo, Cristo Rey. Recordemos con qué deferencia y respeto se dirigió a ella el ángel Gabriel durante la Anunciación, él que, sin embargo, es uno de los arcángeles más importantes. Es comprensible: se dirigía a su Reina. María ejerce esta realeza en el Cielo sobre la Iglesia triunfante de los santos, pero también sobre la Iglesia sufriente del purgatorio. No cesa de querer liberar a sus hijos que se encuentran allí y acortar sus terribles sufrimientos.

Reina de la tierra. Esta realeza terrenal de la Santísima Virgen tiene una gran particularidad: se ejerce sobre nosotros con el amor de una madre, con la dulzura de una madre. ¡Y qué madre tan dedicada! No se pueden contar todas sus apariciones y bendiciones a lo largo de los siglos. El **escapulario del Monte Carmelo**, que permite ser liberado del purgatorio el **primersábado** después de nuestra muerte, el **rosario** que nos aporta tantas gracias y nos hace triunfar en todas las luchas temporales y espirituales, la **medalla milagrosa** que protege nuestro cuerpo y nuestra alma, los **cinco primeros sábados del mes** que nos garantizan su asistencia en la hora de nuestra muerte para ir al Cielo, y finalmente la **devoción a su Corazón Inmaculado** que permitirá salvar al mundo y poner fin a las tribulaciones actuales. ¡Cuántos regalos, cuántas ayudas nos trae nuestra Reina! Santa Teresa del Niño Jesús confesó antes de morir: «*Me gustaría pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra*». ¿De qué ejemplo sacó Santa Teresa estas hermosas palabras, si no es del ejemplo mismo de María, que no cesa de ayudarnos desde el cielo?

Por tanto, confiemos **plenamente** en su protección, como nos recuerda el fruto de este quinto misterio glorioso. Admiramos el poder de su intercesión. Dios no le niega nada. Si somos sus fieles súbditos, si nos consagramos a su Inmaculado Corazón, si seguimos su ejemplo de humildad, pureza y obediencia, en definitiva, si le pertenecemos como sus hijos, entonces seremos sus protegidos y ella nos llevará hasta su Hijo, meta de nuestra vida terrenal. «Protegido» no significa ausencia de pruebas. Ella sabe que debemos llevar nuestra cruz siguiendo a Cristo. «Protegido» significa, entre otras cosas, que Ella protege ante todo nuestra alma frente a Satanás y que reduce el peso de nuestra cruz terrenal concediéndonos las gracias necesarias.

Reina de los ejércitos. María es la mujer del Apocalipsis que aplastará la cabeza de la serpiente. En esta lucha contra Satanás, Ella dirige los ejércitos celestiales de los ángeles y los ejércitos terrenales de Sus fieles servidores. Durante las apariciones reconocidas de La Salette, después de advertirnos de los tiempos de tribulación futuros, nos llamó a **luchar** a su lado con los ángeles: «*Llamo a mis hijos, a mis verdaderos devotos, a aquellos que se han entregado a mí para que los conduzca a mi divino Hijo, a aquellos a quienes llevo, por así decirlo, en mis brazos, a aquellos que han vivido de mi espíritu; en fin, llamo a los apóstoles de los últimos tiempos, a los fieles discípulos de Jesucristo que han vivido en desprecio del mundo y de sí mismos, en pobreza y humildad, en desprecio y silencio, en oración y mortificación, en castidad y unión con Dios, en sufrimiento y desconocidos del mundo. Es hora de que salgan y vengan a iluminar la tierra. Id y mostrad que sois mis hijos queridos. (...) Combatid, hijos de la luz, vosotros, los pocos que veis, porque ha llegado el tiempo de los tiempos, el fin de los fines*».

Sí, la Reina de los ejércitos llama a Sus hijos de Luz en estos tiempos difíciles. Cuanto más perdida parece la situación —y así es—, más debemos confiar en Su protección. En Fátima, Ella nos hizo un regalo sin precedentes que debe darnos una esperanza inquebrantable: nos anunció Su triunfo **para nuestro tiempo**. Pero para que ese triunfo se produzca, primero debemos cumplir Sus peticiones, en particular rezar el rosario y practicar los **primeros sábados del mes**. ¿Por qué? Porque Ella **ha elegido este medio** para salvar al mundo y necesita **nuestra participación**, nuestra obediencia, nuestro pequeño «*Fiat*». Sí, la salvación del mundo depende de ello. La hermana Lucía de Fátima recordará en sus escritos del 27 de diciembre de 1956: «*Ella [la Santísima Virgen] dijo, tanto a mis primos como a mí, que Dios daba al mundo los dos últimos remedios: el santo Rosario y la devoción al Inmaculado Corazón de María [de los cuales los 1^{ers} sábados son un elemento esencial], y siendo estos los dos últimos remedios, significa que no habrá otros.*» Es una locura no obedecer a nuestra Reina cuando nos pide tan poco y nos promete a cambio tantas maravillas: «*Si se hace lo que voy a decirles, se salvarán muchas almas y habrá paz.* Nuestra Señora en Fátima, 13 de julio de 1917.

Terminemos esta meditación rezando a nuestra Reina con San Alfonso de Ligorio:

«*Oh Virgen gloriosa, sé que eres la Reina del mundo y, por lo tanto, mi Reina; quiero consagrarme a tu servicio de una manera más especial y dejar que dispongas de mí como te plazca. Por eso te digo con San Buenaventura: Gobierna sobre mí, oh Reina mía, y no me dejes a mí mismo; mándame, úsame según tu voluntad, e incluso castígame cuando no te obedezca; joh, cuán saludables serán para mí los castigos de tu mano! Estimo más el honor de servirte que el de mandar sobre toda la tierra. Soy tuyo, sálvame*».